

mero de las fábulas las tradiciones relativas al reinado de Witiza, á su crueldad, á la guerra civil á que dió nacimiento, así como á las que pesan sobre la memoria de Rodrigo, último rey de los visogodos. Bajo su reinado se envenenaron aún más las pretensiones de las familias que aspiraban al trono; por un lado figuraban los descendientes de Leovigildo y de Recaredo, por otro los de Chindasvinto; finalmente, los parciales de Wamba y los de Ervigio, unidos á los hijos de Witiza, excluidos del trono por Rodrigo.

Opas, arzobispo de Sevilla, y quizá también de Toledo, hermano de Witiza, se hallaba al frente del partido hostil á Rodrigo; secundábale Julian, cuñado de Witiza y gobernador de la Andalucía, y Requilio, gobernador de la Mauritania Tingitana. Aquellos ambiciosos no tuvieron á baldon llamar de Africa á los bárbaros para ayudarles en sus proyectos, sin apercibirse de que preparaban á su patria ocho siglos de servidumbre y de padecimientos, pero no de cobardía.

LIBRO SÉTIMO.

DESDE MAHOMA HASTA LA IGLESIA EN TIEMPO DE CARLO-MAGNO.

SUMARIO.

Arabia —Mahoma —Los árabes en España. —Francos. —Los alcaides del Palacio. —Carlo-Martel. —Sus hijos. —Misioneros —Italia. — Los papas y los longobardos. —Carlo-Magno. —La iglesia en tiempo de Carlo-Magno

CAPITULO PRIMERO.

La Arabia.

El Asia Occidental avanza desde la Siria hasta el Océano Indico en un vasto trapecio, unido á Egipto por el istmo de Suez, y bañado al Oeste por el mar Rojo, al Este por el Eufrates, que forma su límite hácia la Persia y desemboca en el golfo Pérsico. Probablemente llamaron los griegos golfo Arabigo al Mar Rojo, del nombre de Idumea, que tiene el mismo significado; así mismo le llamaban los hebreos *Bar-Souph*, á causa de las bellas algas de que se cubre por momentos. Una cordillera de montañas, que le es casi paralela, se extiende desde el Líbano hasta la extremidad del golfo, y sus cimas reciben las lluvias regulares que comienzan á fines de Junio, y acaban á principios de Setiembre; el resto de la península no tiene lagos ni rios; los torrentes, que se precipitan desde los montes en las abrasadas arenas, no merecen el nombre de tales. Son escasas y periódicas las lluvias, ni un árbol, ni un matorral recrea en medio de inmensas llanuras de árida arena al viajero, desolado por aquella esterilidad uniforme, bajo un cielo siempre sereno, y engañado por la apariencia lejana de aguas y de lípidos lagos, que le hace sentir más vivamente el tormento de la sed. A veces también le acomete el viento simoun, le sofoca y sepulta bajo olas de arenas su cadáver hinchado hasta la deformidad. El árabe, que se apercibe de la aproximación de esta plaga por lo pesado y sulfuroso del aire que respira, se tiende con el

rostro junto á la tierra, imitando á los animales que bajan su cabeza hasta que pasa el mortífero torbellino.

De distancia en distancia se hallan en aquellas arenosas soledades pozos que la caridad de los antiguos moradores abrió para sus nietos é islas de rica verdura, de lípidos manantiales, con cuya frescura hace vejetar en toda su lozanía datileras y cocoteros para saciar la sed y el hambre; la sensitiva, la azucena blanca y el gran pancracio, para recreo de los ojos.

Estos oasis son como islas en aquel mar de arena, y el camello es su nave; llevando pacientemente pesadas cargas, acostumbrado al hambre, á la sed, á la fatiga, bastan para suavizar un poco su lengua algun absurdo salino y grasoso, el aloe, el mesembriantema, la sosa, los venenosos euforbios; reanimado luego por el canto de su conductor vuelve á emprender la marcha con nuevo vigor, y llega al término de su viaje, salvando de la muerte á su amo, á quien la sed devora. Vive cuarenta años, se utilizan todas sus partes; su carne es buena de comer mientras es jóven; siempre es excelente la leche de la camella; el árabe hace vestidos de su piel y un hilo precioso de sus crines; con su excremento alimenta su lumbre, y mientras pone allí á tostar sus delgadas galletas, y uno de sus compañeros cuenta sus belicosas hazañas, otro sus aventuras amorosas, el camello, echado sus cuatro patas plegadas bajo su vientre, alarga la cabeza por entre los barbudos rostros de los oyentes, como si tomara parte en la atención comun y en las impresiones de su amo.

El caballo, tan precioso y más estimado en aquellas comarcas, es compañero inseparable del árabe, que conserva la genealogía de su corcel con tanto esmero como la suya propia; dichoso el que posee uno de la raza de los *hoclans*, descendiente por línea recta de los caballos padres de Salomón ó de las cinco yeguas del Profeta. Si nace un potro de aquella noble sangre, es para el árabe una ocasión de fiesta, cual si se tratara de un acontecimiento nacional; le creía con sus hijos y con no menor cuidado; le habla, le ama como á sus mujeres, como á su palmera natal; cuenta sus carreras célebres, sus actos de intrepidez, si llega á morir, le llora como á un amigo bien amado. No hay porque extrañarlo. Para una nación azejada á una guerra de merodeadores, á trasladarse á grandes distancias para sorprender un campo ó una caravana, y á huir como un relámpago en caso de alerta ¿hay cosa de más valor que un caballo que, sin pararse, sin comer ni beber, anda sesenta ú ochenta millas?

Hasta el asno, cuyo vigor tiene también su utilidad para trasportar cargas, como también su agilidad para el servicio militar, es comparado á los héroes en medio de quienes combate.

Ningún nombre general designaba á la península antiguamente, siendo particulares los de Sabá y Dedan, empleados por la Biblia, como los nombres actuales de Hedjaz y de Yemen, que son atribuidos unas veces á la parte ocupada por los turcos y otras al país entero. Ya antes de Jesucristo se distinguían allí tres naciones: los sabeos al Mediodía; los ismaelitas ó agarenos en el centro; los sarracenos al Norte. No sería posible deducir una división del país más que del nombre de las diferentes tribus; es evidente que la de Tolomeo, en Arabia *Desierta, Petrea y Feliz*, es completamente caprichosa. Mejor inspirados los geógrafos orientales la dividen en seis comarcas: el Hedjaz, territorio de una esterilidad deplorable, es frecuentado únicamente por los peregrinos que se dirigen á la Meca; desde allí hasta el Mar de la India se dilata junto al golfo Arábigo el Yemen de los sabeos; al Mediodía del Yemen bañan las orillas del Hadramaut el Mar de la India; llámase Oman la punta más meridional de la península; el Yemanah (*Ajouah*) se extiende junto al golfo Pérsico, donde también están situadas

las islas Bahrein, famosas para la pesca de las perlas; en el centro de la península está el Nedjed, país desconocido antes de la expedición contra los wahabitas, y que hacia el Norte confina con el desierto de Scham ó de Siria, y hacia el Este con el de la Arabia. Esta inmensidad de arenas incultas, ocupa un espacio de ochocientas cincuenta millas en mil quinientas, desde el Eufrates hasta el golfo Arábigo y desde Egipto hasta el golfo Pérsico, sin que la interrumpen montes ni ríos, sin ofrecer vestigios de habitaciones ni de seres vivos; por todas partes desconsuela la misma esterilidad; salvo que de larga en larga distancia se descubren las coluquintidas, los apócimos lechosos, las rosas de Jericó y algunos arbustos como el tamarindo, el espino de Egipto, que destila la goma arábica, aquel cuyos frutos exprimidos dan la mirra, algunos alcaparros y matorrales de algodónero y de laurel rosa.

Tradiciones veneradas atraen á los curiosos y los devotos á la península entre los golfos de Suez de Ailah (*Aelana*), desde donde se hacían á la vela en otro tiempo las escuadras de Salomón para Ofir, y desde donde parten actualmente los peregrinos de la Meca. Cristianos, judíos, musulmanes se encaminan con igual veneración al desierto, donde anduvo errante por largo tiempo Israel después de haber sido libertado, á fin de visitar el monte Sinaí.

Colocaban los romanos entre Egipto y Palestina, antigua residencia de los edomitas, de los amalecitas y de los moabitas, la tercera Palestina. En nuestros días han sido visitadas las ruinas de Petra, su capital, y han ofrecido ciertos sepulcros abiertos en troncos de árbol y monumentos de una arquitectura original y rica.

El Yemen ha debido su nombre de Feliz á sus valles, rodeados por torrentes, á sus fértiles llanuras donde ostenta la vegetación más útil sus ricos tesoros; crecen allí el banano, el betel y la nuez moscada, el melón, el pepino, la higuera infernal, la planta de sen, el estoraque, el sésamo olorífico y el tamarindo que ofrece á la vez un golpe de vista hermoso, una sombra espesa y una bebida picante. Allí se dan también el algodónero y el añil, que suministran materia y color al vestido del beduino, el arbusto que deja caer en la mano del que

lo menea un maná excelente al paladar; aquellos de donde se desprende el incienso, el láudano, el gálbanum, la acacia de ancho parasol; la caña de azúcar que, trasplantada á Siria, pasó á Sicilia, y luego fué á multiplicarse á América; y más precioso que todos los demás, el árbol de bálsamo, la palmera, el café. No es ménos bienhechora la datilera para el árabe que el cocotero para el indio, y el árbol del pan para el habitante de la Oceanía, porque su verdura ameniza las soledades, su tronco sirve para la construcción de las casas, sus fibras suministran la estopa, sus hojas brindan sombra, su médula un caldo alimenticio y un manjar sustancioso sus racimos de dátiles. El café, de uso muy común entre los modernos, fué desconocido por los antiguos hasta el momento en que la devoción sugirió á un musulmán la idea de emplearlo como remedio contra el sueño. En breve se apoderó de él la sensualidad para sustituirlo al vino en los países donde su bebida es cosa vedada, y en todos los demás puntos para halagar el gusto. Esta semilla es cultivada actualmente en la vertiente occidental de todas las montañas que atraviesan el Yemen; pero el café más estimado viene de los países de Aden, de Kousma y de Ghebi á los puertos de Moka y de Alepo, desde donde va á embellecer el sueño de los orientales y á aumentar el de los europeos.

Cógese el incienso en la costa del Sudoeste en terrenos arcillosos y nitrosos. En esta comarca prosperan también el trigo, el maíz, el sarraceno, la cebada para los corceles, las habas para las bestias, el añil y el achiote para el tinte.

Bajo un cielo de una temperatura siempre propicia no exige el cultivo otro esmero que el de dirigir hacia los campos algún caudal de agua, elemento más precioso allí que en cualquiera otra parte. Sin embargo, á menudo tala la cosecha la langosta; también se venera en el país á una especie de tordo que anualmente va de la Persia Oriental á hacerle la guerra. Otros zorzales son objeto de golosina para el árabe, que sale asimismo á cazar perdices á la llanura, pintadas á los bosques, faisanes á las montañas, y á desenterrar en el desierto los huevos que el avestruz pone en la arena. Pero más frecuentemente se contenta su sobriedad

con un puñado de harina amasada, cocida sobre el estiércol de su camello, y hace una regalada comida si puede adquirir pan de trigo, leche de camella, aceite, manteca y sebo.

Llevaban los árabes la piedra ónice, la agata, la cornalina, el berilo, el topacio, á los pueblos más adelantados que ellos en civilización y en lujo. Alejandría y Roma recibían de ellos las aromas, el marfil, los vasos murrinos, que sacaban de la India, de la Caramania y de la Sérica. La repugnancia de los egipcios al mar hizo que los árabes se dedicaran á la navegación, y en toscas piraguas, ignorando los cambios periódicos de los vientos llamados monzones, se aventuraban á una travesía larga y penosa para abordar á las islas de la India, y quizá al Africa Oriental. En el puerto de Dejadda recibían cuanto produce la Abisinia y el Africa central, y lo llevaban á través de la península, haciendo alto en la Meca, hasta Djerra, ciudad construida en sal mineral, donde recogían las perlas del golfo Arábigo, y llegaban con su cargamento á la embocadura del Eufrates. Dirigiéndose otros anualmente desde el Yemen á la Siria, ahorraaban á los bajeles de la India una navegación peligrosa por el Mar Rojo y el temible estrecho de la Muerte (*Bab-el-mandeb*).

Hacíanse los viajes por tierra, cual se hacen todavía ahora, en caravanas. Sábese que hay un jefe (*caravan bachi*) que dirige la marcha, determina los puntos de parada, resuelve con los principales viajeros las disputas que se suscitan, fija la parte que á cada uno toca en los gastos comunes, y percibe el escote. Cuando el calor lo permite se procura llegar á las paradas mientras aún es de día, para poder levantar las tiendas, encender lumbre, condimentar lo que ha de comerse, descargar y colocar las mercancías. Durante la noche velan mercenarios por si se acercan los beduinos, que apelan á toda clase de recursos para extraviar ó dispersar á las caravanas, para asaltarlas en su sueño ó espantar al camello asustadizo y entregarse al saqueo á merced del desorden. A la par que en Europa permanece el negociante detrás de su mostrador, desde donde dirige sus operaciones en los países más remotos, en Oriente es un viajero que va á buscar las mercancías al lugar que las produce para traspor-

tarlas á los puntos donde son consumidas; arrostra peligros y fatigas, observa los diferentes usos, aprende, compra y cuenta lo que ha visto. Así, la llegada de una caravana es una fiesta porque se satisface la curiosidad, al mismo tiempo que las necesidades materiales. Los caminos que siguen son otros canales para la civilización y para toda clase de conocimientos.

Actualmente todavía se dirige una caravana á Abisinia, donde se corresponde con otras que desde lo interior de la Africa llevan al Cairo goma, polvo de oro, colmillos de elefante, ébano, plumas de avestruz y principalmente millares de esclavos de ambos sexos para trocarlos por telas, perlas falsas, coral, armas, vestidos ya hechos. El tránsito y las paradas de las caravanas son el único recurso de muchas ciudades situadas en la extremidad occidental de la península arábiga hasta Medina, edificada en el punto donde llegan á cruzarse las caravanas. Desde esta ciudad y por el fértil valle del Safra, se gana la Meca, donde se detienen los convoyes enviados desde el Africa hácia el golfo Pérsico; y así como hemos visto elevarse los antiguos templos en los puntos de tráfico y trueque, á fin de que el comercio fuera protegido por la religion y favorecido por más crecida concurrencia, en esta ciudad estableció la devoción nacional su santuario. Con efecto, las caravanas participan á la vez de religion y de negocio, de interés y de sentimiento; los puntos donde van á parar son lugares de peregrinación y de ferias. Otras ciudades fueron edificadas igualmente en los sitios donde el acaso, el instinto de los animales ó la industria de los hombres descubrió una fuente como por ejemplo, en la costa del Mar Rojo y del Yemen, donde las aguas son abundantes, á la par que el resto de la comarca, desprovisto de ellas, permanece despoblado.

Este país, cuyas tradiciones se remontan á antiquísima fecha, y que ha suministrado numerosos asuntos á poetas é historiadores, está, á pesar de todo, casi desconocido. Inexactísimas fueron las nociones que sobre él tuvieron los antiguos; han aspirado á penetrar allí los modernos con nombres y trajes orientales, y hasta haciéndose musulmanes. Especialmente la expedición danesa dirigida por Niebhur obtuvo oportunos resultados. Las guerras del

actual bajá de Egipto y la civilización que allí hace renacer recorriendo el velo con que cubría á aquel país el celo de una intolerancia suspicaz y supersticiosa, han contribuido á que sea la patria de los árabes mejor descrita.

Reconocen los árabes un doble origen: por el primero se remontan á Katan ó Yoctan, hijo de Heber y nieto de Sen, que dió á luz á Sabá, y éste á Imyar y á Calan. Los que establecen esta genealogía son llamados árabes nativos (Al-arab, Al-riba), á diferencia de los árabes naturalizados, descendientes de Ismael, hijo de Agar y del patriarca que fué trono de los hebreos. Ismael, *hombre feroz, cuya mano debía ser contra todos y la de todos contra él, y cuyas tiendas debían levantarse en frente de las de todos sus hermanos*, fué expulsado del hogar paterno. En su consecuencia los árabes se creen con derecho á indemnizarse por medio del robo, de la herencia de que su autor quedó privado. Ismael, llegado á Arabia, se casó allí con una hija de Modad, de los djamitas; de esta unión provino una raza semejante á la de los árabes que están en disposición de recitar su genealogía desde Adán.

De consiguiente, son todos de raza semítica, aunque tal vez algunos descendientes de Chus, hijo de Cam, se hayan trasladado desde el Kurdistan y la Susania á las orillas del Eufrates y hasta el golfo Pérsico, lo cual hace que la Arabia se llame tierra de Chus en la Sagrada Escritura. También es semítico su idioma, uno de los más ricos y armoniosos; puede seguir, merced á la composición de los verbos, los más atrevidos arranques de la mente, á la par que su armonía imita el grito de los animales, el murmullo de las ondas y el soplo del viento. Posee doscientos vocablos para indicar la serpiente, ochenta para la miel, quinientos para el león, mil para una espada; riqueza que facilita la rima, cuyo uso es frecuente hasta cuando se escribe en prosa.

En tiempo de Mahoma se distinguían en Arabia dos dialectos principales: el de los ismairitas y el de los korraquizas. Este último, de que hizo uso el Profeta, ha prevalecido, y forma la lengua escrita. Tiene asimismo la gloria de ser la única lengua entre las antiguas aún viva, á no ser que no se quiera exceptuar el chino.

Quando salieron del país natal se mezclaron las familias, y en la actualidad el nombre de árabes, quizá en visperas de adquirir inmensa importancia en los acontecimientos del mundo, indica tres diferentes razas: los árabes orientales, los árabes occidentales y los beduinos. Procedentes los primeros del mar Rojo, es decir, de la Arabia propiamente dicha, se perpetúan entre los fellahs y los artesanos de Egipto y de los países fértiles del Africa, son de una estatura más que mediana, robustos, bien formados; tienen la tez morena y elástica, ovalado el rostro. No carecen de hermosura las mujeres, especialmente sus miembros son de perfecta estructura; de regular proporción sus piés y sus manos; tienen majestad en su modo de andar y en su apostura.

Es la segunda raza la de los árabes africanos, oriundos de la Mauritania, y no se diferencia de la primera. Sus usos son los mismos, poco más ó menos, y su ocupación ordinaria es cuidar rebaños de ovejas, de camellos, de caballos; tienen la cabeza rapada y se dejan crecer la barba. Llevan las mujeres larga cabellera, y se la tiñen á menudo, así como las cejas, de colores más ó menos oscuros. Se pintan sus piés y manos hasta la extremidad de los dedos con un color amarillo dorado; hombres y mujeres gastan un turbante de telas, más ó menos ricas, según su condición respectiva. En todos tiempos el menor número de los árabes se dedicó al cultivo, tuvo habitaciones fijas y bienes raíces. El resto de las tierras es común como el aire y el agua.

Es la tercera raza la de los nómadas, libres como la gacela que cruza sus desiertos; pasan una vida errante al raso y son designados con el nombre de escenitas ó beduinos.

Su aspecto es semejante al de los demás árabes, sólo que en sus negros ojos fulgura más vivo fuego. Tienen menos relieve las líneas de su rostro tostado por el sol, y sus personas no son tan robustas, aunque sí ágiles en extremo. Ejercitados desde la infancia en montar á caballo y en servirse del arco y de la lanza, poseen un espíritu despierto, carácter altanero é independiente. La mayor parte de ellos recorren en todas direcciones el desierto de la Siria; hay algunos que permanecen todo el año en los lindes de fértiles terrenos á orillas de las

arenas; otros aguardan la mala estación para acercar sus rebaños á las fecundas campiñas del Irak y de la Caldea, desde donde suben á los confines de Siria, para alejarse de allí al retorno del buen tiempo. Vagabundos de esta suerte á estilo de los patriarcas, hacen alto donde hallan manantiales y pastos para sus bestias; agotados estos recursos se encaminan á otra parte, trasladando de lugar en lugar sus campamentos, que á veces se componen de ochocientas tiendas. Llegados al punto donde quieren acampar, levantan sus pabellones de piel de cabra, cada uno con dos divisiones, para los hombres y para las mujeres; planta su lanza en el suelo el padre de la familia, ata allí su caballo, trabándole las patas, mientras que se agrupan en torno las cabras y los camellos.

En verano se viste el beduino una camisa de algodón ordinario, que cubren los ricos con un jaique de seda y la mayor parte con un manto de lana (*habba*) con un doble de largo que la estatura y con aberturas para la cabeza y los brazos. Se cubren la cabeza con el *keffíé*, pañuelo arrollado, una de cuyas puntas cuelga sobre la nuca y dos sobre las sienes. Sus cabellos, nunca cortados, caen en largas trenzas sobre sus hombros. Usan por armas el sable, y á veces una maza, y siempre el *djerid*, especie de javelina, que manejan con maravillosa destreza.

Vestidas las mujeres, poco más ó menos, del mismo modo, nunca se quitan su velo, y se cargan de sortijas, de zarcillos y de brazaletes; se tiñen de amarillo los piés y las manos, de encarnado las uñas, de negro los párpados y á veces dihujan figuras en su cuerpo. Esto no las impide parecer hermosas á sus amantes y á los poetas, que encomian sus ojos, dulces y lánguidos como los de la gacela; sus caderas, atrevidamente pronunciadas; su talle flexible como el junco ó el djerid; las granadas de su seno; su negra y rizada cabellera flotando sobre su cuello, largo y gracioso como el del camello.

El hombre se puede casar con muchas mujeres, aunque generalmente se contenta con una ó á lo más dos cada uno; pero cambian á menudo de ellas, dado que el marido puede repudiar á la suya sin más pretexto que su antojo. El que aspira á la mano de una doncella

envia un amigo para que se la pida á sus padres; si ella consiente, da su padre su asentimiento; en vez de recibir un dote debe señalárselo el esposo á su consorte para el caso en que la repudie. Algunos dias despues del contrato, lleva el amante á sus futuros deudos un cordero que degüella, y esta sangre consagra la union. Se entregan al júbilo; y durante la fiesta, ocultándose la jóven esposa por medio de una fingida fuga, es cogida y llevada á la uenda levantada aparte para la noche nupcial. Si el matrimonio no es feliz, vuelve la mujer al seno de su familia, y el esposo no puede pedir-la de nuevo; pero le asiste el derecho de impedir que contraiga otro enlace.

Impetuoso como su corcel, sobrio como su comello, el árabe es supersticioso, sanguinario, generoso, es ávido de cuentos y aventuras, y á trueque de oirlas pasa noches enteras con los ojos fijos en quien las recita. Este, modulando su voz en graciosa cantinela, relata su historia sin perdonar un detalle, una genealogía, un diálogo, y los oyentes se aficionan al héroe, participando de sus sentimientos y vicisitudes, compadeciéndose de sus infortunios, haciendo exclamaciones de admiracion cuando triunfa, y rogando á Dios por él cuando está en peligro.

Es para ellos una religion la venganza, que se transmiten como una herencia, y el que perdona aparece á sus ojos como un cobarde; á veces aceptan el precio de la sangre, más á veces castigan al inocente por el culpable. El menor insulto inferido á una honra excesivamente delicada, da márgen á esas represalias entre particulares y entre tribus; un pozo, un pasto, un caballo, una mujer, una nada, dan lugar á guerras que duran largos años. Interviene la religion en estas sangrientas disputas imponiendo cada año cuatro meses de tregua sagrada.

Así como es implacable su venganza, no tiene límites su agradecimiento, y profesan ciega sumision el criado á su amo, el hijo á su padre, el subordinado á su jefe. Ociosos, graves si están solitarios, se trasforman en vivos y alegres tan luego como se ven reunidos, saltan, se ejercitan en las armas, improvisan versos. Si llega un extranjero, recibe una hospitalidad generosa, cualesquiera que sean su categoría y

su patria; el fugitivo que ha alcanzado del jefe de una tribu que parta con él la sal ó el pan, es protegido contra toda especie de lazos ó de violencias. Agitándose en la Meca la cuestion de averiguar cuál merecia la palma de la liberalidad entre tres chaiques, se despachó al punto en que se hallaban un árabe bajo la figura de mendigo para hacer la prueba. Dirigióse ante todo cerca de Abdalla, á quien encontró con el pié en el estribo, próximo á partir para un largo viaje. Despues de haber oido el chaique la súplica del fingido peregrino le da su camello con cuanto llevaba, incluso cuatro mil monedas de oro, sin reservarse más que su cimitarra.

Va el suplicante en busca de Kais, un criado le dice que está durmiendo, aunque le ruega que acepte siete mil monedas de oro, únicas que tiene en casa, y da orden de que le entreguen un camello y un esclavo. Al levantarse Kais de dormir, aprueba lo hecho por su criado y sólo se queja de que no le haya despertado.

Entonces se encamina el peregrino hácia la mansion de Arabah, que andaba apoyándose en dos esclavos. Luego que ha oido su demanda, dice: «Yo nada tengo, aún me quedan estos esclavos, admítelos; y tendiendo los brazos á lo largo de las paredes, gana á tientas su morada.»

Estos cuentos y otros muchos de la misma clase, lisonjean la curiosidad del árabe, excitan y recompensan su generosidad. Con todo, el robo y el fraude en las transacciones no son más vergonzosos entre ellos que un honrado beneficio entre nosotros.

La perpétua indepencia en que viven los árabes eleva su espíritu, ennoblece su carácter y no temen ni requieren á ninguna nacion. Ajenos á todo, son celosísimos de su nobleza. No pudiendo enlazarla como nosotros á la propiedad territorial ó á las dignidades, la fundan sobre una larga série de ascendientes, cuyos nombres saben recitar á veces sin interrupcion hasta los patriarcas, así como los servicios ó malos procedimientos que sus padres ó antepasados recibieron de los abuelos de cada una de las tribus que encuentran á su paso.

Tribus enteras son extrañas al uso de las letras. Sin embargo, los árabes conocian la es-

critura desde los tiempos más remotos; quizá era en un principio cuneiforme. Poco antes de Mahoma se servian de la escritura llamada Imiaca, en virtud de la dinastía que reinaba á la sazón en el Yemen; luego se adoptó la cúfica, cuyos caracteres se grababan sobre huesos de cordero ó de camello. Al pasar del alfabeto siríaco á la escritura cúfica se hallaron confundidas muchas letras; en su consecuencia se introdujeron hácia el siglo III de la hégira, puntos diacríticos destinados á distinguirlas. De esta suerte se halló modificada la escritura por diferentes dinastías y sectas, y de aquí resultaron otras dos formas principales; la cúfica, que data del siglo III de la hégira, y la *neski*, actualmente en uso.

La lengua de los árabes, animada, pintoresca, expresiva; su imaginacion viva y fecunda y el entusiasmo de las pasiones les arrastraban á la poesía. Esta consiste en una mezcla de verso y de prosa armoniosa, á la cual su idioma rico y flexible presta rimas en abundancia; frecuentemente la prosa es más poética que el verso, aunque tambien echada á perder por juegos de ideas, cuyo objeto es más bien recrear el ánimo que conmover el corazón. Cuando se anunciaba un poeta era una fiesta para su tribu; sus amigos eran convidados á un alegre banquete, y la gloria de esta nueva adquisicion se proclamaba al son de trompeta. Estos cancioneros nacionales se reunian en las ferias de Okad, en el país de la Meka, para disputarse allí el premio, colgando sus composiciones escritas con letras de oro de la *Kaba*, donde conservaban siete *moallakas*, piezas en verso anteriores á Mahoma, que habian sido un objeto de triunfo para sus autores. No es la poesía de los árabes una obra de arte como la nuestra; tampoco está animada por ficciones míticas como la de los griegos y la de los indios, sino que es la expresion espontánea de pasiones ardientes, de deseos impetuosos, de arranques de amor ó de venganza. Se nutre con parábolas, enigmas, sentencias, con ayuda de un lenguaje figurado y de imágenes desarregladas; ni aún su politeísmo estaba poéticamente ensanchado ni ordenado científicamente.

Su más célebre poeta nacional es Autar, guerrero y pastor, quien copió al natural las costumbres de sus compatriotas, y cuyos can-

tos se encuentran todavía en boca de todos. Aunque vivió hácia el siglo VI de nuestra era, la tradicion hace de él un esclavo negro, quien consiguió por sus hazañas conquistar la libertad y la hermosa Abla á quien amaba. Canta sus propias aventuras con la verdad y el sentimiento con que se habla de sí mismo, sujetándose á la realidad. Ha sido rehecha varias veces, y tal vez recibió la forma que tiene en el dia en tiempo de Haroun-al-Raschid.

No usan los árabes nombres de familia, se distinguen comunmente por el de su padre, que añaden al suyo con la palabra *ben ó eben*, cambiada á veces en *aven* por los europeos. Así *Ben-Abdalmelic*, *Ben-Hixen*, etc., significan hijo de Abdalmelic, hijo de Hixen, etc. Eben-Sina, Aven-Rosched, nombres de dos filósofos que nosotros hemos convertido en Avicena y Averröes, quieren decir hijo de Sina, hijo de Rosche. A veces sacan su sobrenombre de su descendencia: así, Mahoma fué llamado *Abou'l-Kassem*, padre de Kassem, y el primer califa *Abou'l-Bekr*, padre de la Virgen. Este prefijo *Abou* espresa, por metáfora, poseedor, dueño, inventor. Los reyes imiaritas hacian preceder su nombre de la palabra *dou*, en plural *adva*, es decir, poseedor, propietario. A veces tienen un sobrenombre retumbante, ó pintoresco ó gracioso, como *Aiala*, el Inconstante; *Daldal*, el Tembloroso; *al-Mesth*, el Borracho; *Asfar*, el Rojo; *al-Sherif*, el Ilustre; *al-Ahmed*, el Deseado; *Saddilz-Allah*, el testigo de Dios; *Emad-el-Dowlat*, el sosten del Estado.

Daban á las doncellas nombres expresivos tomados de las gracias, de las virtudes, de la naturaleza. *Sobeiha* quiere decir aurora; *Red*, *hiya*, dulce ó agradable; *Nocima*, graciosa; *Zahara*, flor; *Saida*, afortunada; *Amina*, fiel; *Selima*, pacífica; *Zahira*, florida; *Safia*, elegida sin mancha; *Naziha*, deliciosa; *Renghiè*, tesoro; *Rethira*, fecunda; *Maliba*, bella; *Lobna*, blanca como la leche; *Loul*, perla, etc. Entre los árabes de España, el octavo dia despues del nacimiento de un hijo era fiesta de familia, que se terminaba con ponerle un nombre al recién nacido; despues de haber invocado el padre ó el abuelo á Alá, pronunciaba el nombre al oído del niño, despues se decia á los asistentes, y concluida la ceremonia se daba limosna á los pobres.